veia en la metropolitana una fiesta monárquica, esos dias desaparecieron con la dominacion española.

El clero se disponia desde entonces á ungir al emperador.

A las tres de la tarde se publicó el decreto, saliendo en precesion el ayuntamiento, precedido del prefecto político.

El cielo se habia nublado, aquella profanacion despertaba su ira, las nubes agrupadas en el horizonte, se desgajaron al soplo de una tormenta, y aquella comitiva que sacaba el pendon de la vergüenza, el cartel de muerte para la república, fué disuelta por la tempestad, en medio del silencio del pueblo á quien le revelaba tan torpe ceremonia, que habian muerto sus libertades públicas, pero que á costa de su sangre renacerian como el Fénix, de sus cenizas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

EL IMPERIO.

CAPITULO PRIMERO.

ALGO DE HISTORIA.

I.

A las oraciones de la noche del dia 28 de Setiembre de 863, un hombre de vestidos talares rezaba en un rincon de la catedral de Strasburgo.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada y los ojos completamente cerrados, parecia que la imágen de algun nicho habia descendido á los mármoles del pavimento.

En lo plegado de su ceño no se adivinaba la contemplacion del misticismo, ni la absorcion anacoreta.

La iglesia estaba completamente sola.

Aquel sitio era el mas á propósito para dejar arrastrar el pensamiento en la corriente de los sueños.

Aquel hombre, que era un sacerdote peregrino, manifestaba en su porte y elegancia pertenecer á la aristocracia del clero.

Desde luego se notaba que era extranjero en aquel lugar.

Si un rayo de luz hubiera dado sobre su cerebro, hubiéramos contemplado un mundo de imágenes agitarse como las olas del pensamiento.

Figuras sombrías, sangrientas, espíritus fascinadores, ensueños terribles de ambicion y de venganza, atmósferas de luz deslumbradora, y en medio de aquel torbellino de sangre y de esperanzas, alzarse el pedestal de la gloria satisfecha!

Levantóse repentinamente, se santiguó delante del altar, paseó su mirada por las naves y las bóvedas y salió de la catedral.

A corta distancia se detuvo y contempló con asombro la fachada del templo, que es dos tantos mas alta que los edificios de cuatro pisos que la rodean.

Las campanas daban el toque de *Ave María*.

El clérigo levantó la vista y la fijó en la torre de filigrana esbelta y magestuosa que prolonga á una altura fabulosa su aguja de remate.

Despues de un momento siguió su marcha: atravesó varias calles: al pasar por la plaza de Guttemberg, vió con frio desden la estatua del grande hombre, y despues entrando en un carruaje, se dirigió á la estacion del ferrocarril que salia en esos momentos para Viena.

II.

En el tren de primera clase se unió con varios individuos y comenzaron á hablar confidencialmente en lengua española.

—Han visto ustedes, dijo un jóven de barba negra y elegantemente vestido, los periódicos ingleses?

—Sí, dijo el clérigo; el *Times* declara que Inglaterra está dispuesta á reconocer la nueva monarquía mexicana el dia que el archiduque Maximiliano tome oficialmente el poder.

—El órgano del partido avanzado, dijo un anciano de frente ancha y facciones pronunciadas, el *Sun*, aplaude la restauracion del órden en México.

—Puédese decir, replicó el clérigo, y afirmarse con verdad, que la obra de la Francia, comenzada de concierto con la Inglaterra y la España, y proseguida con el acuerdo tácito de la Europa, recibe hoy de todos la mas esplícita y solemne confirmacion.

—Devuelto á sí mismo el pueblo mexicano, vuelve naturalmente al órden y á la libertad, y la corona imperial que se levanta para ofrecerla al archiduque de Austria, no halla en Europa sino universales simpatías.

—Todas las potencias, añadió el jóven, están dispuestas á reconocerle de un modo oficial; ninguna piensa en abstenerse de hacerlo.

El clérigo recapacitó un instante y prosiguió:

—El asentimiento de Francia, Inglaterra y España está asegurado de largo tiempo atras; el de Prusia é Italia no se hará esperar; la Suecia, la Baviera, la Bélgica, la Grecia, la Holanda, el Portugal, la Dinamarca, en una palabra, todos los Estados del Continente se asociarán á este acto europeo, y el Brasil por su parte se apresurará á reanudar con el nuevo imperio relaciones que vendrán á ser mas fecundas y seguras.

—En realidad, dijo el anciano, la cuestion mexicana que ayer se complacian en presentar tan erizada de dificultades, se halla hoy resuelta.

El jóven de la barba negra no pareció muy satisfecho, pues hizo la observacion de que España al verse fuera de la candidatura para el trono de México, acaso no seria fácil de prestarse al reconocimiento del nuevo órden de cosas.

—En cuanto á la España, replicó el clerigo un tanto exaltado, no hay que temer. España no se halla menos favorablemente dispuesta, por mas que á la opinion pública habria halagado mas satisfactoriamente la solucion mexicana, si la eleccion de la Asamblea de Notables hubiera llamado á un príncipe de la casa de Borbon.

—Fácilmente, dijo el anciano, se resignará con el ejemplo de desinteres de la Francia, á renunciar á toda pretension dinástica.

—Seria preciso, añadió el clérigo, ser alarmista hasta el exceso para imaginar que la candidatura del archiduque pudiera suscitar formal oposicion en los gabinetes europeos.

—Estamos persuadidos, añadió otro de la reunion que habia seguido con interes la conversacion, de que el advenimiento al trono mexicano, del archiduque, puede considerarse desde hoy como un hecho consumado, y que esto, lejos de escitar en Europa desconfianzas y rivalidades, será visto como un beneficio para nuestra patria, y como el mejor garante para la armonía entre nuestro país y las naciones europeas.

La conversacion se interrumpió sin que lo notaran ninguno de los actores de aquella escena, tan embebidos estaban en sus ideas y reflexiones.

III.

El lector habrá conocido que los individuos que van de viaje para Viena, son los personajes conocidos que formaron la comision mexicana para ofrecerle al archiduque Maximiliano el trono de México.

La cuestion de México atravesaba por una terrible crísis.

Las miradas del mundo civilizado estaban fijas en esa pequeña fortaleza que se levanta á orillas del Adriático.

De aquel castillo debia salir un hombre coronado á regir los destinos de una nacion donde el eco de su nombre no habia ni aun repercutido.

La diplomacia europea se habia presentado ante el foso de Miramar y llamado con mano atrevida á la apartada estancia de un descendiente de los Hapsburgos.

La Francia era la emisaria de la nueva monarquía.

IV.

La hija predilecta del rey Leopoldo, que veia con celo á su hermano cerca del escaño del trono y perpetuarse la dinastía de Francisco José en Austria, sintió ensanchar su corazon, y aquel cerebro calenturiento comenzó á poblarse de ensueños de esplendor, que acabaron por dominar á la interesante Carlota de Austria.

El jóven hermano del emperador, el antiguo gobernador del Lombardo-Veneto, el grande almirante de Austria creyó en la predestinacion de su familia para el solio del universo y sintió en su orgullo la presion de una corona sobre su frente.

Cuando se le anunció que la comision mexicana se presentaria en Miramar con la acta de la Asamblea, ya un autógrafo de Napoleon III le habia puesto al corriente hasta de la respuesta que deberia dar á los comisionados.

Unos chambelanes del palacio se dirigieron en carruajes á la estacion del ferrocarril de Trieste á esperar á los enunciados mexicanos.

V.

Los viajeros de Strasburgo habian caminado treinta y seis horas, cuando los silbidos de la locomotora les avisaron que dentro de breves instantes se hallarian en la grandiosa ciudad de Viena que se estiende magnífica á orillas del Danubio.

La caravana diplomática se dividió en grupos, dirigiéndose como todo extranjero, á visitar lo mas notable de la poblacion.

Sorprendente es la vista del antiguo palacio de Belvedere y sus preciosísimos jardines, pebeteros continuos de aromas y cubiertos de esquisitas flores y agradables sombras.

El museo es admirable por lo rico de sus pinturas, donde se hallan las obras maestras de todas las escuelas que venera el arte.

El palacio de José II es de un gusto ornamental esquisito.

En sus jardines está edificado una especie de templo adonde se alza magestuosa la estátua de Tesea, obra del inolvidable Canova.

VI.

Los conventos de Capuchinos y Agustinos, en nada han cambiado la forma de la edad media.

Allí se detuvo el clérigo mexicano delante de los sepulcros de los emperadores de Austria.

Su talento filosófico lo dejó inmóvil á la vista de aquella sombría morada último asilo del orgullo humano.

La gloria, las hazañas, el heroismo, todo bajo aquellos pesados mármoles, todo vuelto cenizas!

Este panteon, pensó el clérigo, destinado á los descendientes de María Teresa, guardará vacía la cavidad destinada á Fernando Maximiliano.

Esta tumba será la solucion de continuidad de la rama de Hapsburgo.

El clérigo pensó en el porvenir y sin querer se estremeció.

Una tumba en América! .... será abierta por la revolucion?

Sus piernas temblaron, un sudor frio inundó su limpia frente y cayó de rodillas delante de las tumbas de los descendientes de Carlo Magno.

Un vértigo se apoderó de sus sentidos, y comenzó á ver que las estátuas se movian, que los mármoles de los sepulcros se levantaban dando paso á las sombras de los difuntos emperadores, todos ellos le veian con ojos sombríos pidiéndole cuenta de su jóven descendiente.

Influenciado por aquella pesadilla terrible, atravesó las naves de las Capuchinas, el eco de sus pisadas le hacia estremecer, al fin encontró la puerta y despertó de aquel sonambulismo al azotar su frente el aire puro de la noche.

VIII.

El 1.° de Octubre salió la comision mexicana para Trieste, y al amanecer partió la locomotora con los viajeros, nuncios de la monarquía austriaca en América.

El clérigo estaba silencioso, sombrío, su cerebro no se acababa de despejar de aquel horizonte oscuro donde se reflejaban aún las imágenes de aquel sueño horrible. Le parecia que soñaba, á lo que contribuian los accidentes que presenta esa obra romana del ferro-carril de Viena á Trieste.

Allí se han vencido cuantas dificultades puede oponer la naturaleza al génio del hombre.

La máquina, seguida de una comitiva inmensa de wagones, y respirando agitada y estremecida, escalaba montañas de una altura inmensa, se deslizaba magestuosa sobre viaductos de tres órdenes de arcos, unos sobre otros; penetraba en profundas y largas horadaciones practicadas bajo los montes, atravesando sin miedo sobre puentes tirados, sobre anchurosos rios. Aquello era un vértigo, era la existencia arrebatada en alas del destino.

Llegó la noche: entonces aquellas nubes negras, respiro perenne de la locomotora, tomaron un color de fuego de donde se exhalaban continuamente chispas que el viento arrebataba á largas distancias.

El ruido era el de la tempestad; pero aquella tempestad se iba calmando, el movimiento menguaba con rapidez, y á lo lejos comenzaba á percibirse como una faja negra en el horizonte, las aguas tumultuosas del Adriático.

IX.

Dos chambelanes de la casa de Austria esperaban á la comision mexicana.

La felicitaron de parte de los archiduques, y la condujeron al suntuoso hotel de Ville, en donde estaba dispuesta una magnífica cena y habitaciones lujosísimas.

El anciano que hemos visto en los trenes, fué invitado á pasar al dia siguiente al palacio del archiduque.

X.

A los dos dias (3 de Octubre de 863,) la comision fué introducida en el palacio de *Miramar*, habitacion de Maximiliano de Hapsburgo.

El castillo de Miramar es un vasto y lindo palacio, edificado desde sus cimientos por el archiduque, en un cabo ó lengua de tierra que se arroja hácia el mar.

Tiene, pues, un carácter y aspecto, unos puntos de vista deliciosos, y se reconoce lo que puede una voluntad firme y enérgica, cuando se ven aquellas áridas rocas, á donde se hace llegar escasamente y con grandes gastos el agua potable, trocados en risueños jardines verdes y floridos, parques caprichosos, enramadas, calles de árboles, corredores, bellos estanques de copos trasparentes y purísimos.

Como todo esto se halla formado sobre la montaña, presenta un cuadro de vista mágico; ya se contemple desde la cima, ya se mire desde el pie de la eminencia ó desde el mar.

No lejos del castillo y dentro del jardin, hay una graciosísima habitacion, que los archiduques llamaban su casa de campo, y que está dividida en dos departamentos.

Estos sitios deliciosos, están abiertos para el púbico que los recorre en numerosos grupos, constituyendo el mas bello paseo de la ciudad de Trieste.